

# La mirada del despertar y la búsqueda de la identidad en *La amortajada*.

**Ernesto González**

*¿Por qué, por qué la naturaleza de la mujer ha de ser tal que tenga que siempre un hombre ser el eje de su vida? Los hombres, ellos logran poner su pasión en otras cosas. Pero el destino de las mujeres es remover una pena de amor en una casa ordenada, ante una tapicería inconclusa.*

*María Luisa Bombal*

María Luisa Bombal, escritora chilena, utiliza la literatura para poner de manifiesto la situación de las mujeres, en este caso de la protagonista de la novela que ha muerto y que recibe la visita de varios personajes siendo su mayoría masculinos, que han sido parte de su vida. En el párrafo citado arriba, Bombal describe en estas pocas líneas el existir confinado de la protagonista Ana María, al perímetro hogareño. La “casa ordenada” significaría el espacio cerrado en el cual el personaje se encuentra en una incesante búsqueda de algo o alguien que la libere de la marginación impuesta por el estatus quo imperante del mundo masculino. La metáfora de la “tapicería inconclusa” nos habla de la vida de la protagonista cuya búsqueda del existir, del verdadero amor nunca llega. En este sentido, la protagonista busca a través de toda la novela ese lugar que se merece dentro de su familia, recordando a través de su mirada (*gaze*) los momentos que vivió con cada personaje. Su búsqueda es el amor y un espacio en donde se sienta amada, no lo encuentra con su presencia física, pero sí al encontrar la muerte.

La obra es narrada por dos voces, la protagonista que lo hace en primera persona y la otra tercera persona omnisciente. La novela comienza con una conjunción copulativa:

Y luego que hubo anochecido se le entreabrieron los ojos. A la llama de los altos cirios, cuantos la velaban se inclinaron para observar la transparencia de aquella franja de pupila que la muerte no había logrado empañar. Respetuosamente maravillados se inclinaban, sin saber que ella los veía. Porque ella veía, sentía. (95)

En este párrafo, la protagonista, Ana María, está muerta. Sus hijos y familiares van desfilando junto al lecho y ella los ve, los oye y les habla (Rodríguez 526). Allí se narra en tercera persona lo que solo la primera puede saber. La protagonista se enfrenta al pasado y recuerda las vivencias que tuvo con cada personaje que influyó en su vida. El fluir de la conciencia de la protagonista va reconstruyendo el pasado, antes de entrar en la muerte de los muertos (Rodríguez 526). Esta forma de mirada (*gaze*) es a lo que se refiere Jacques Lacan al hablarnos de la mirada, que alguien nos está observando de alguna forma (Zizek 15). En este sentido, podemos ver que la protagonista recuerda por medio de su mirada las cosas vividas con cada uno de los personajes que marcaron su vida de forma positiva o negativa.

Así la protagonista empieza a narrar sus vivencias con Ricardo que aparte de ser su primo también fue su primer amor. Ricardo llega en la noche para dar sus honores a la recién fallecida. Ella lo mira y recuerda la época de su adolescencia donde descubre el amor con él. Ricardo es un personaje que le causa odio y alegría a Ana María. Ella nos dice sobre él: “Eras un espantoso verdugo. Y sin embargo, ejercías sobre nosotras una especie de fascinación. Creo que te admirábamos... De noche nos atraías y nos aterrabas con la historia de un caballero, entre sabio y notario, todo vestido de negro, que vivía oculto en la buhardilla” (Bombal 99).

En estas observaciones que hace la protagonista, nos habla de binomios contrapuestos ya que él es un ser por el cual siente desprecio y miedo, pero también la atrae y lo admira. Los binomios son una parte esencial en la tradición del pos-estructuralismo que Jacques Derrida desarrolló a través de la deconstrucción, en donde, los binomios no pueden existir si uno no existe (Derrida 288) Ana María y Ricardo viven un romance y de hecho ocurrió en la noche, “Esa noche me entregue a ti... Durante tres vacaciones fui tuya” (Bombal 104). Ricardo la abandona porque la hallaba fría, nunca compartía su frenesí, aunque para ella le colmaba su “beso de olor a oscuro clavel Silvestre” (104). Él se va sin darle una explicación y ella busca el suicidio. Después de su intento fallido por quitarse la vida, Ana María describe su dolor, “Mi pecho desgarrado así, mi carne, mis venas dispersas... ¡Ay, no, nunca tendría ese valor!... Y sin embargo quería morir, quería morir, te lo juro” (Bombal 105). La protagonista postrada e inmóvil en su cama le mira y le habla a Ricardo para recordarle de ese amor destruido, aunque él no la escucha (Rodríguez 528). Fue el primer amor y la primera desilusión. La edad que siguió a ese abandono fue la más desordenada y trágica de su vida (Rodríguez 529). Esta sujeción al dominio masculino determina, de un modo directo o indirecto, el destino de la protagonista, y explica el espíritu fatalista, derrotista de esta mujer que, en su necesidad de sentirse amada, es incapaz de ver la realidad, de reconocer sus propios errores y de buscar la felicidad en aquello que la vida que ella misma eligió libremente le ofrece y, principalmente, de concretar en la

realidad sus ilusiones y fantasías, y el que se recluyan en su mundo interior, en cuyo forzado aislamiento logran sobrevivir (Llurba 7). Envuelta en un estilo poético asoma la cruda realidad. Ha quedado embarazada. Ana María señala que Ricardo la había marcado para siempre. “No pensaba sino en gozar de esa presencia tuya en mis entrañas. Y escuchaba tu beso, lo dejaba crecer dentro de mí,” añade ella (Bombal 106). Vive golosa de olores, de colores, de sabores. Se abre un capítulo de interioridad psicológica.

Vuelve el verano y, con él, Ricardo al fundo vecino, para pasar sus vacaciones. Ella ha ido hasta allí; pero le informan que llegó cansado y está durmiendo. A la noche siguiente, sueña, y en su temor, llega caminando a la escalera y cae al vacío. A consecuencia de ello, pierde la criatura. Ana María narra este evento, “Zoila vino a recogerme al pie de la escalera. El resto de la noche se lo pasó enjugando, muda y llorosa, el río de sangre en que se disgregaba esa carne tuya mezclada a la mía” (Bombal 111). Zoila es la figura maternal para la protagonista y de cierto modo la ayuda en este momento de pena. La protagonista en vida nunca se entera de los motivos por los cuales su amante la abandonó. Aquí podemos observar que la vida de Ana María se está acabando, ella parece un muerto en vida, hay un trauma psicológico, el cual le marca su existencia. Esta es la muerte de los vivos, ella vive pero su corazón ha muerto, lo cual hace que ya no pueda amar a alguien más, lo cual será analizado más adelante. De hecho, ella está tejiendo, “como si en ello [se] me fuera la vida” (Bombal 112).

Sin embargo, Ana María allí acostada en su cama, inerte, observa como Ricardo “está de pie, silencioso y conmovido; ahora... por fin se atreve a mirarla de nuevo, frente a frente... ahora ella comprende” (Bombal 112). Los dos se miran fijamente y parece que hay un tipo de comunicación en donde Ricardo le cuenta por qué la abandonó, lo que se podría analizar como el Ego-ideal, en cuya situación, una persona desea que la otra sepa o vea lo que la primera ha hecho con su vida (Zizek 80). Se podría deducir que el motivo principal para que el amor entre ambos no llegue a concretarse fue los lazos familiares, ya que son primos hermanos, y las murmuraciones de la gente podían destruir sus lazos amorosos y dignidad. y por esta razón, su amor no puede ser. Ana María “comprende que en ella dormía agazapado aquel amor que presumió muerto. Que aquel ser nunca le fue totalmente ajeno” (Bombal 112). Ella llega a comprender que Ricardo nunca la dejó de amar y por eso viene a darle al menos el último adiós. Podemos ver que hay un despertar en la protagonista comenzando a enterarse de cosas que eran ajenas a ella y por eso se pregunta a sí misma: “¿Era preciso morir para saber ciertas cosas?” El despertar, aunque se da con la muerte, lleva a la protagonista a pensar que su vida no fue solo infortunios o cosas malas y más bien estuvo en ciertos tramos llena de alegría y amor. De hecho la narradora nos cuenta “que aunque a menudo lo creyera, estuvo enteramente sola; que jamás, aunque a

menudo lo pensara, fue realmente olvidada” (Bombal 112). Así ella descubre que su vida, sí tenía sentido y que de hecho Ricardo nunca la olvidó, y en las siguientes líneas demuestra su decepción por no haber realizado otras cosas que le hubieran beneficiado en su existencia. “De haberlo sabido antes, muchas noches, desvelada, no habría encendido la luz para dar vuelta la hojas de un libro cualquiera, procurando atajar la oleada de recuerdos. Y no habría evitado tampoco ciertos rincones del parque, ciertas soledades, ciertas músicas. Ni temido cierto soplo de ciertas primaveras demasiado cálidas” (Bombal 112-13). De esta forma, a través de la mirada y ese reencuentro con su amado, ella descubre cosas que cuando estuvo viva nos las pudo ver y como Carol Christ argumenta sobre el despertar: “A woman’s awakening to great powers grounds her in a new sense of self and a new orientation in the World... Women overcome self-negation and self-hatred, and refuse to be victims” (13). En este contexto como sucede con Ana María con este nuevo poder de saber las cosas, ella ya deja de ser víctima y de odiarse a sí misma para dar paso a una nueva mujer que se va liberando del yugo masculino. Ella, ya muerta, comienza a sentir en su interior de que tal vez hubiera tenido una vida mejor al no estar confinada al recuerdo trágico del abandono de Ricardo.

Después en el libro vemos la llegada del padre de la amortajada, un hombre rudo sin “sentimientos” quien la acaricia como si fuera un ritual que debe hacer porque su hija ha muerto. La amortajada comienza a recordar lo que él le preguntaba a Ana María sobre si recordaba a su madre, y esta para darle gusto le contestaba que era linda. Aunque el padre denota ser un hombre sin compasión, sus ojos se llenan de lágrimas y para señalar que es un macho, le dice a Ana María, “Eres una tonta” (Bombal 114). Se marcha del cuarto, pero ella descubre que el hombre fuerte, macho y sin lágrimas realmente amaba a su madre. Por medio de esa mirada o del *gaze*, la amortajada llega a saber que su padre se encierra en su cuarto, “volverá la cara contra la pared y recién entonces se echará a sufrir” (Bombal 114). Ella descubre que su padre sufre también, pero la imagen del machismo, del hombre fuerte no puede dejar a su padre y por eso “sufrirá oculto, rebelde a la menor confidencia, a cualquier ademán de simpatía, como si su pena no estuviera al alcance de nadie” (Bombal 114). En este caso la mirada del superego lo atormenta porque no puede quitarse de la mente a su mujer a quien la amaba y como Lacan señala sobre el superego, “the cruel and insatiable agency that bombards someone with impossible demands, the agency in whose eyes I am all the more guilty, the more I try to suppress my ‘sinful’ strivings and meet its demands” (Zizek 80), pero por su machismo y la tradición no lo pudo hacer porque esa era la regla que se imponía en la época que Bombal vivió y como argumenta Agosin, “Basta recordar que en los años 30, época en que Bombal escribe, las mujeres tenían como meta asignada por la ideología dominante la procreación y el cuidado de los niños. Consecuentemente, su anatomía se igualaba a su destino.

También, la sociedad alababa las virtudes femeninas de la sumisión y la domesticidad” (190). Ese despertar la ayuda a comprender a un padre que ha sido muy descariñado con ella y su hermana por las normas dictadas por una sociedad patriarcal que ya tiene un lugar asignado para la mujer como ama de casa y del cual Ana María ha desafiado con su muerte.

Fernando, un hombre moreno y enjuto, aparece en la vida de Ana María y ella no lo quiere ver y por eso dice: “¡Que se vaya. No quiero oírlo!” (Bombal 120). En cambio, Fernando se comunica en diálogo interior pidiéndole que se levante para terminar su tormento. Él se convirtió en el confidente de Ana María escuchando su rabia y su tristeza, pensando que con eso se ganaría el amor de la protagonista, aunque ella lo detestaba y nunca fue recíproca por su amor. Sin embargo, ya muerta piensa en dar su amor a Fernando, tal vez algún día estén juntos los dos, pero enseguida se contradice, “¡Ah, no! ¡Eso no! ¡Eso jamás, jamás!” (121). Fernando cree que el amor de la protagonista lo humilla, lo hiere. Al final de su diálogo, con la mirada fija en ella, con labios temblorosos, le comunica: “Necesitaba tanto descansar, Ana María. ¡Me descansa tu muerte!” (Bombal 132). Fernando descansa del tormento de nunca haber sido correspondido, de ese superego que lo martiriza, pero nunca tuvo las agallas de decirle algo, parece que solo se dedicó a ser el confidente de la protagonista esperando aprovecharse de la situación en que está sumida de soledad y tristeza, Ana María, aunque ya se observa una situación en donde ella, ya no es la mujer de antes que entrega su corazón al que trata de consolarla superficialmente, ese despertar la ayuda a discernir en lo que es más conveniente para ella. Por eso no deja que Fernando sea su amante, el escape al matrimonio desdichado con Antonio. Ella lo dice: “la verdad es que Antonio no me quiso nunca” (Bombal 123). Esto es una premisa de la situación en que se encontraba Ana María y su esposo. El matrimonio fue arreglado, su padre le había dicho: “Chiquilla abraza a tu novio” (Bombal 138). Entonces ella muy obediente se acercó a ese “hombre arrogante... y tan rico” en ese cuarto donde el padre con manos temblorosas dio su visto bueno para el casamiento. Ana María no le tiene afecto a Antonio y él siempre le reprocha del por qué ella no lo ama como él a ella. Ella se va a casa de su padre por un tiempo. Esta falta de interés por su marido es la consecuencia de su primer amor del que no fue correspondida, ella no quiere tener ningún tipo de relación sentimental con nadie y como pasó a Fernando, ahora le ocurrió a Antonio. Ella lo mira y él se pone a sollozar, mientras caen las lágrimas, ella “sabe que una lágrima es un cauce abierto a todas las demás, que el dolor y quizás también el remordimiento ha abierto una brecha en ese empedernido corazón” (Bombal 148). De nuevo esa mirada del superego que hace que Antonio sienta remordimiento por sus pecados al serle infiel a Ana María. Unas líneas más abajo, al protagonista no le importa su

marido y siente lastima por él. Ella tiene ese despertar de ser una mujer libre, de tener su propio espacio que serán analizados más adelante en este papel.

En esta novela la escritora María Luisa Bombal escribe inspirada en la situación en la cual le toca vivir y crear. Delinea nítidamente la problemática de la mujer burguesa latinoamericana que se centra en la búsqueda fallida del amor como medio de afirmar su identidad (Agosin 191). Pero la búsqueda no solo es de la identidad, sino también del espacio propio por medio de la rebeldía. Todo comienza cuando está en la escuela de las monjas, donde comienza a dudar de la existencia de Dios y lo percibía como “tan lejano y tan severo”, habla simplemente de un Ser divino que le imponía la religión, y no de uno más secreto y más comprensivo (Bombal 116). La protagonista no está yéndose contra Dios, pero contra la religión organizada como instrumento para denigrar a la mujer, que en su gran mayoría aconsejaba ser una buena madre y esposa (Agosin 192). Sin embargo, se ve esa búsqueda que Ana María comienza a experimentar aunque sea muerta. Hay un descubrimiento interno o, como Dana Heller lo pone: “The internalization of the quest emblazoned the creative process itself, there would seem to be nothing to prevent women from becoming heroes themselves by virtue of possessing their own minds and their own imaginative faculties” (5-6). Ana María, a través de su cuestionamiento de la religión, ya comienza a crear su propio espacio y de hecho siente pena por su hermana que está rezando junto a su cuerpo inerte porque ella no ha encontrado la felicidad, “Qué no daría... porque te fuera concedida en tierra una partícula de la felicidad que te está reservada en tu cielo. Me duele tu palidez, tu tristeza, hasta tus cabellos parecen habértelos desteñido las penas” (Bombal 117). Ana María quiere compartir su felicidad con su hermana, ella es la heroína que nos habla Heller: “The heroine tries to be the goal... the active female subject of quest romance” (9). Como se señaló anteriormente la búsqueda de la identidad femenina y como Janet Perez argumenta, “The female quest often involves an early experience of abandonment, abuse or injustice that serves to initiate or explain the protagonist’s call to the quest, her need for self-affirmation and self-redemption” (42). Como lo pudimos ver anteriormente Ana María sufre el abandono de Ricardo y por este motivo continúa con esa búsqueda de su identidad. El primer paso que realiza Ana María para su identidad propia es la búsqueda del espacio que no lo encuentra al principio de su matrimonio con Antonio, cuando llegan a la casa de su marido recuerda “haberla odiado desde el [principio]” (Bombal 136). La protagonista va de cuarto en cuarto “buscando en vano un rincón a su gusto. Se perdía en los corredores... no lograba orientarse, no lograba adaptarse” (Bombal 136). No se adaptaba porque no era un lugar en donde no se pueda vivir, sino porque era la ciudad y extrañaba el campo, la naturaleza, en la cual los personajes de Bombal encuentran refugio. Entonces, a las heroínas de María Luisa Bombal desplazadas en la ciudad, lejanas de la naturaleza que, para

ellas, es sinónimo de fuerzas primordiales. En la ciudad los espíritus libres comienzan a consumirse y finalmente a extinguirse, ya que lo único que les es accesible, la imaginación, también les presenta dudas e incertidumbres (Agosin 194). Ella se refugia en algo que le fuera familiar, en un gesto, en un recuerdo (Bombal 137). Le pide a Antonio irse a vivir a una casa que su padre le había obsequiado en el campo. La narradora nos dice que Antonio está enamorado profundamente de ella y por eso se va al campo, pero vemos de una forma sutil como la protagonista impone su voluntad en una época en donde imperaba la autoridad patriarcal y, como Janet Pérez lo describe, “Women pursue their search of selfhood, refusing to accept the passive rules imposed by a patriarchal society, seeking alternatives to the limiting, restrictive patterns of a culture that valorizes masculine ideals” (45). Por esta razón, ella trata de querer a Antonio, y como Lorna Williams señala, “With Antonio, she becomes more assertive, albeit through traditional feminine gestures of seduction, in an attempt to make their marriage function on her own terms” (24). En su búsqueda del verdadero amor encuentra la desilusión ya que él le es infiel. Ella busca el divorcio consultando con un abogado que simplemente le dice que no lo puede hacer. Aunque es literatura hay una especie de subversión por parte de la escritora criticando la falta del derecho al divorcio que no pueden acceder las mujeres en especial en Chile, que hace poco se abolió, y por esto regresamos al instante en donde critica la religión porque es un obstáculo en la búsqueda de la identidad de la mujer. Ella todavía lo perdona tratando de rescatar su matrimonio, pero Antonio sigue con su infidelidad. De esta forma busca su espacio, su refugio en la casa, que lo encuentra en el cuarto con la alfombra azul (Bombal 151). Gastón Bachelard habla que “todo rincón de una casa, todo rincón de un cuarto, donde nos gusta agazaparnos sobre nosotros mismos... es un rincón de pensamientos” (171-72). Bachelard argumenta que en ese rincón se medita sobre la vida y la muerte (175). De ahí el diálogo que tiene con el padre Carlos, quien le recuerda su búsqueda del paraíso terrenal: “Tu vida entera no fue sino la búsqueda ansiosa de ese jardín...” (Bombal 158). Lo que nos lleva a reconocer que los personajes femeninos de Bombal siempre tienen una relación muy íntima con la naturaleza, la búsqueda de ese espacio natural que les trae paz.

La amortajada encuentra su identidad al morir porque encuentra la paz que estaba buscando. De hecho, ella recostada en su cama siente que ya no tiene arrugas y esta pálida y bella como nunca. La invade una inmensa alegría saber que todos la admiran por su belleza. Disfruta de la lluvia sobre los bosques, esa sensación de bienestar y melancolía, escucha las aspas y la rueda del molino girar y no recuerda haber gozado, haber agotado así, una emoción (Bombal 95-7). Cuando ya la están sepultando su dicha es tal que describe de forma poética el descenso en su tumba, “descendía lenta, lenta...topando esqueletos humanos, maravillosamente

blancos e intactos, cuyas orillas se encogían, como otrora en el vientre de la madre” (Bombal 162). La protagonista ha encontrado su identidad de mujer libre volviendo al vientre de la madre naturaleza, donde se halla con seguridad porque esto representa el vientre seguridad de ese mundo masculino del cual quiere ser libre. Dana Heller nos habla de esta búsqueda final: “Woman’s quest must propose strategies for escaping debilitating structures, for discovering authentic selfhood” (13). Esa identidad auténtica la encuentra la protagonista al descender en la cripta porque no desea incorporarse y volver a casa, sino más bien quedarse ahí con la madre naturaleza y por fin descansar y experimentar la muerte de los muertos.

La mirada es muy importante en esta novela porque describe conversaciones mentales de la protagonista con cada personaje masculino que estuvo en su vida. Todos los hombres empezando por Ricardo, luego Fernando y finalmente Antonio experimentan la Mirada del superego que los hace recordar las cosas que hicieron a Ana María. Esa mirada le da a la amortajada la oportunidad de tener ese despertar que la llevara a búsqueda de espacios y de su identidad. Solo por medio de la muerte la protagonista encuentra la solución al dilema que la acecha. La amortajada se postula la solución: “entrar a lo más oscuro del ser, poseerse en la muerte para así volver a ganar aquel perdido lugar en el universo. Sola podría al fin morir, descansar” (Bombal 163). El optimismo que la amortajada encuentra en la muerte es muy alentador, la liberación es total. La muerte no solo se convierte en un exilio, sino en un regreso a las fuentes originales, al centro de la vida que unifica y suprime las dualidades de las cuales Ana María fue víctima.



## Obras citadas

- Agosin, Marjorie. "Aproximaciones a una Trilogía en la Narrativa de María Luisa Bombal." *Rocky Mountain Review of Language and Literature* 38.4 (1984): 189-200. Print.
- Bachelard, Gastón. *La Poética del Espacio*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1997. Print.
- Bombal, María. *La Última Niebla; La Amortajada*. Barcelona: Seix-Barral, 2007. Print.
- Christ, Carol. *Diving Deep and Surfacing: Women Writers on Spiritual Quest*. Boston: Beacon P, 1995. Print.
- Heller, Dana. *The Feminization of Quest-Romance: Radical Departures*. Austin: U of Texas P, 1984. Print.
- Llurba, Ana. "El mundo mágico de María Luisa Bombal." *Gamma* 2 (2002): 6-13. Print.
- Perez, Janet. "Contemporary Spanish Women Writers and the Feminized Quest-Romance." *Revista Monographic* 8.1 (1992): 36-47. Print.
- Rodríguez, Petrona. "El monólogo interior y los medios contextuales en La amortajada, de María Luisa Bombal." *Actas* 8 (1983): 524-534. Print.
- Williams, Lorna. "The Shrouded Woman: Marriage and Its Constraints in the Fiction of Maria Luisa Bombal." *Latin American Literary Review* 10.20 (1982): 21-30. Print.
- Zizek, Slavoj. *How to read Lacan*. New York: Norton, 2007. Print.